

La filosofía trágica de Clément Rosset más allá de Nietzsche

ALÍN SALOM

Clément Rosset tiene solo veinte años cuando escribe el texto *La filosofía trágica*. Cuenta haberlo escrito en un estado de semisonambulismo. Es un texto tal vez excesivamente vehemente, enfático –la filosofía trágica siempre lo es–. Además, ¿cómo, si no, iba a acceder a la escritura un casi adolescente? No obstante, el texto no ha perdido nada de su filo cortante. Parte de Nietzsche, pero va más allá.

Lo trágico es esencialmente sorprendente

Imaginemos, dice Rosset, la siguiente escena: la muerte del primer hombre. La acción transcurre en tiempos de los primeros hombres. Uno de ellos muere por la noche. Los demás, inquietos por el hecho de que no se despierte, que no se mueva, no hable, lo rodean, le hablan, lo zarandean. ¿Por qué duerme con los ojos abiertos? ¿Por qué está frío, insensible? ¿Qué es esta extraña enfermedad? Lo meten en una fosa, para protegerlo de las fieras. Lo miran, asombrados, mientras los miembros de la tribu le echan encima la tierra que han quitado al cavar. Intentan comprender. Lo trágico es lo esencialmente sorprendente, dice el joven Rosset¹. Da igual que nos hayan hecho el *spoiler* de la película. La muerte propia o ajena siempre nos coge desprevenidos. Siempre nos resulta difícil de asumir. El ser humano tiene una enorme capacidad de reprimir lo trágico, desentenderse de la negatividad. Por eso la negatividad no cesa de asombrarlo una y otra vez². Incluso eleva su rechazo de la realidad al estatuto de una virtud, algo sublime: el humanismo. La moral no es más que la simple incapacidad de afrontar lo trágico y admitir la realidad, afirma el joven Rosset. Mejor dicho, la paradoja de la moral es celebrar como valor supremo esta incapacidad. (En cambio, la paradoja de la alegría del hombre trágico es el afrontar lo trágico, la negatividad, o sea cualquier tipo de realidad, por poco deseable que sea.)

No es la muerte el único fenómeno trágico. Rosset señala dos otros fenómenos trágicos. El primero de ellos es el inevitable fracaso de la afectividad, expuesto con nitidez por Proust. El amor resulta en última instancia inviable: hay una soledad fundamental del ser humano. El segundo es la bajeza humana, descrita en todo su esplendor por Balzac. Ambos fenómenos nos sobresaltan en cada ocasión en que se presentan ante nosotros –porque son trágicos–. El balance trágico de la existencia humana es precisamente éste: finalmente acaba. Acaba sin amor, sin grandeza, sin vida. En definitiva, la existencia humana está corroída por la negatividad.

Prescindir de inyectar sentido

¿Por qué lo trágico impregna la existencia humana? Lo trágico es inexplicable, ininterpretable, dice el joven Rosset. El cristianismo pretende darle un sentido a lo trágico a toda costa, afirmando, por ejemplo, que es un castigo por el pecado original. Por culpa del pecado hemos sido expulsados del paraíso y hemos sido sometidos a lo trágico. La explicación no es más que un intento de exorcizar lo trágico. En cambio, abstenerse de explicaciones, prescindir de inyectar sentido con el mero fin de apaciguarse, es el don de “los hombres trágicos”, aquellos que son capaces de afrontar lo trágico. “Hay muchos fenómenos profundos sin porqué”, dice Rosset. El desconocimiento, la imposibilidad del conocimiento es bastante perturbadora; de ahí el hiperracionalismo que aqueja la cultura occidental, como puro rechazo de lo trágico.

La blasfemia moral

Tanto las religiones como la moral se rebelan, huyen ante lo trágico. Blasfeman: “¡Tragicidad, yo te niego!”, dicen. Sócrates es la primera figura de la blasfemia moral. La moral no quiere admitir que las contradicciones son insolubles, que placer y dolor, altura y ruindad, vida y muerte van unidos, y que son la esencia de la vida humana. La moral no quiere admitir que lo trágico es insuperable. Pretende resolver estas contradicciones y fundar “valores felices”; quiere que los hombres sean, o bien inocentes o bien culpables, o bien felices o bien desgraciados. Pero no las dos cosas a la vez. Quiere que haya justicia y no le queda más remedio que inventar un más allá. Clément menciona a Áyax, Filoctetes, Edipo... Son figuras trágicas del *mythos* griego, anteriores a la corrosión de la concepción trágica de la vida, llevada a cabo por el optimismo pueril de Sócrates y Platón. Ninguno de esos héroes se baña en agua de rosas; afrontan la mixtura inextricable de gracia y desgracia de su destino: son paradigmas de héroes trágicos³.

Más allá de Nietzsche

Clément Rosset se desmarca de Nietzsche respecto a dos cuestiones: una es la del origen de la moral⁴ y la otra, la del valor de la moral aristocrática. El origen de la moral no reside en absoluto en la decadencia, la debilidad o el resentimiento de los esclavos, como pensaba Nietzsche, sino en el “instinto antitrágico”, la huida ante lo trágico, dice Rosset. Es esa huida la que los convierte en esclavos. Los esclavos pueden utilizar, en efecto, la dictadura moral para sus fines; pero el resentimiento no es el origen de la moral, como cree Nietzsche. Esta idea debilita la filosofía nietzscheana, piensa Rosset. No es la decadencia la que desemboca en instinto antitrágico. Es el instinto antitrágico el que desemboca en decadencia. Rosset utiliza dos objeciones contra Nietzsche, dos argumentos para defender su propia posición. En primer lugar, no es imposible pensar una moral sin resentimiento. La moral sí puede estar basada en la pura y mera generosidad. En segundo lugar, la idea del valor supremo de una moral aristocrática no es válida, porque esa moral no es más que una moralina triunfante, una moralina de vencedores. No surge del resentimiento, pero niega el azar, lo fortuito –conceptos

fundamentales de la filosofía trágica—, porque defiende la idea de que el noble, el fuerte, merecen la victoria. La idea misma de mérito es un resto antitrágico que permanece dentro de la moral nietzscheana. Hay demasiado optimismo en la idea de mérito. Los antitrágicos se niegan a reconocer la pureza, la inocencia trágicas. Necesitan “razones”, responsabilidades, culpas, méritos. No aceptan la no responsabilidad. Hay que abandonar no solamente la idea de culpa, sino también la de mérito. Para vivir con alegría trágica, hay que abandonar juicios morales y evaluadores. Muchos hemos cultivado durante años la idea de la responsabilidad, por apego a la idea de mérito. Aunque parezca una idea laica, hunde en el fondo sus raíces en la culpa judeocristiana y ha de ser abandonada si uno desea adherirse a la filosofía trágica.

El azar, la más profunda verdad de la filosofía trágica

En *La lógica de lo peor*, escrito once años después de *La filosofía trágica*, Rosset va más allá y construye los fundamentos de la filosofía trágica más allá de Nietzsche, y son el azar y el silencio. Nos interesa en particular la cuestión del azar.

¿Qué es el azar? Según la definición del diccionario, el azar es la ausencia de necesidad. Deriva etimológicamente de la palabra árabe *al-sar*, que significa *dado* (el objeto generalmente cúbico que se utiliza en los juegos y en cuyas caras aparecen puntos). Rosset distingue entre dos concepciones del azar: el azar constituido y el azar constituyente. El azar constituido es el azar posterior al orden. Ese azar queda en los márgenes de lo ordenado, lo previsible. Por ejemplo, por un golpe de viento le cae a una persona una maceta en la cabeza desde el reborde de una ventana. Allí el azar es la intersección imprevisible, pero no irracional, de varias series causales independientes: el que alguien haya colocado de modo negligente en el reborde de su ventana una maceta, el que el viento sople en un momento dado, que la persona pase precisamente por aquel lugar en aquel momento, etc. En cambio el azar constituyente es una idea anterior a todo orden o desorden. Es primigenio. Esta es la concepción propiamente trágica del azar. Está en Montaigne, Pascal y Nietzsche, dice Rosset. La existencia misma del Universo, la vida o el ser humano se deben al mero azar. La muerte, la desgracia, el covid (o cualquier otra enfermedad) aparecen en mitad de la vida sin ningún tipo de justificación. Simplemente están allí, pertenecen a la dimensión trágica de la vida.

El azar constituyente es falta de sentido radical. Este azar es un concepto mudo, que abre al silencio. Tiene poca carga ideológica, no puede ser aprovechado por ninguna política. Del azar no hay ni puede haber ni religión, ni moral, ni metafísica. “El azar es lo trágico mismo”⁵. Es un anticoncepto. En la filosofía casi que no cabe el azar, apenas tiene sitio⁶. “El azar designa la imposibilidad de pensar”. Es la más profunda verdad de la filosofía trágica. El azar no se puede demostrar, ¡pero la necesidad tampoco! El porqué último de lo que acontece, fundamentalmente en la existencia humana, no se puede mostrar ni demostrar. Clément Rosset dice: hay simplemente dos formas de filosofar: una trágica y la otra antitrágica; o bien se expulsa el azar del pensamiento, o bien se lo defiende. Y esta es la primera encrucijada de la filosofía.

¿Aceptar el azar o negarlo?, ésta es la cuestión.

Notas

1. Rosset, Clément: *La philosophie tragique*, París, PUF, col. Quadrige, 1960, pp. 19, 22, *passim*.

2. “Separar la vida y la muerte, establecer una diferencia, podría casi decirse, entre la vida y la muerte, implica negar la idea de la muerte: por lo menos de lo que hay de trágico en la idea de la muerte” (*op. cit.*, p. 11).

3. Edipo es conocido; no retomaremos el personaje. En cuanto a Áyax: en vísperas de la caída de Troya, muerto Aquiles, Áyax contiene, contra Ulises, por sus armas. Se lo queda Ulises. Áyax decide matarlo a él y a los átridas, pero la diosa Atenea lo vuelve loco y Áyax mata a unas reses indefensas confundiendo a sus enemigos. Cuando vuelve en sí, se suicida, lanzándose sobre su propia espada clavada en tierra. Menelao quiere dejar el cuerpo insepulto, pero Ulises intercede para que reciba honras fúnebres. Áyax es, como Virginia Woolf, el que se suicida por horror a la locura.

Filoctetes tiene el arco y las flechas de Hércules, pero es mordido por una serpiente y es abandonado en una isla por consejo de Ulises. Un adivino troyano (Heleno) predice que Troya solo se tomará con el arco y las flechas de Hércules. Así que después de diez años, van a la isla. Filoctetes es un leproso y custodia las armas. Neoptolemo y Ulises intentan quitarle las armas; Filoctetes decide quedarse solo en una roca; finalmente se presenta Hércules y le ordena que vaya a Troya. Fracaso de la afectividad –Filoctetes pretendía casarse con Helena–, engaño de sus congéneres, abandono, soledad, sometimiento a una orden de los dioses, éste es el destino de Filoctetes. Es un desgraciado al cual hombres y dioses toman el pelo.

4. Clément Rosset, *op. cit.*, pp. 165 y ss.

5. Clément Rosset, *Logique du pire*, París, PUF, 1971, p. 78.

6. Kant, por ejemplo, aplasta la cuestión del azar en la “Dialéctica trascendental”, la tercera antinomia de la Razón Pura. Dice que la Razón puede sostener con igual rigor que todo está determinado o bien que hay libertad, o sea, que el espíritu humano puede erigirse como causa de una nueva cadena fenoménica. En ningún momento Kant expone la idea de que la totalidad pueda ser pensada como fruto del puro azar; se limita a agregar la voluntad pura al determinismo.